



C.S. LEWIS, *The Reading Life. The Joy of Seeing New Worlds Through Others' Eyes*, Harper Collins, Londres, 2019, 192 pp. ISBN: 9781982662424.

El título de este libro, hasta el momento inédito en español se podría traducir como: *La vida lectora. La alegría de contemplar el mundo a través de los ojos de otros*. Se nos presenta en él una escogida colección que reúne escritos de C. S. Lewis (Belfast 1898-Oxford 1963) sobre el arte de la lectura y el poder transformador que su práctica puede suponer en nuestra vida, pues, al tiempo que proporciona placer intelectual, la lectura nos provee de una guía para el desempeño de nuestras actividades diarias.

La selección de los textos corre a cargo de los editores del libro, David C. Downing, (codirector del Marion E. Wade Center en Wheaton College, Illinois, donde se recopilan trabajos de investigación, manuscritos, libros y artículos sobre siete autores del Reino Unido, entre ellos C.S. Lewis) y Michael G. Maudlin, antiguo vicepresidente y director ejecutivo de la editorial HarperOne, filial de la que publica el libro. Se trata, por tanto, de una antología diseñada para una época como la nuestra en la que las reflexiones de Lewis sobre la lectura se han vuelto menos certeras o más sombrías, con el propósito explícito de entretener y enseñar a aquellos lectores que quieran pertenecer a este grupo de amantes de la lectura.

Los textos que lo componen están entresacados de diferentes obras, escritos y pasajes de las obras de Lewis: *Mero cristianismo*, *Dios en el banquillo*, *Los cuatro amores*, *Sorprendido por la alegría*, *Estudios sobre literatura medieval y renacentista*, *Ensayos sobre literatura*, *Un experimento de crítica*, por citar algunos. Otros son fragmentos de cartas personales que el autor escribía a sus amigos. Y aparecen repartidos en dos secciones: la primera trata del arte y la alegría de la lectura, y en ella Lewis reflexiona sobre el qué leer, cómo y para qué, al tiempo que incluye referencias a su vida como lector. La segunda parte versa sobre algunos aspectos formales y conceptuales que atañen al arte de la escritura tales como la sinceridad, el talento, el ritmo de las palabras en el interior de un texto, el poeta y su función mediadora entre dos mundos, el estilo, el respeto al lector o la cuestión de la originalidad.

En su característico estilo ameno, erudito y brillante, salpicado de notas de buen humor, Lewis va desgranando en estos textos los motivos que nos llevan a leer. Uno de esos motivos, y muy destacable y legítimo, es el deseo de entretenimiento, el placer que se obtiene con la narración. Otro es que la lectura nos permite “ver con los ojos de otros”, “imaginar con otras imaginaciones”, “sentir con los corazones de otros”, participar de los puntos de vista de otros y de ese modo ensanchar nuestro ser sin por ello perder nuestra individualidad. Pasiones, creencias, imaginaciones de otros, entender el lugar que uno mismo y los demás ocupamos en el gran escenario del mundo. Y ese amor por la Literatura, que en él se despertó tempranamente y que no abandonó ni siquiera en sus semanas finales, acaba por constituirse en *Logos*, en una forma de conocimiento con igual poder de penetración en la realidad que tiene el amor, la virtud o el conocimiento intelectual. La Literatura como forma de conocimiento no

solo nos abre ventanas, sino puertas, “*Literature as Logos is a series of windows, even of doors*” (p. 4). Pues en la Literatura, como en un viaje, no debemos buscar un reflejo de nosotros mismos para, de ese modo, confirmar lo que nos es familiar, sino, por el contrario, hemos de aceptar lo sorprendente, sentir el estímulo de lo diferente que nos llega de la mano de nuestros escritores favoritos que, de esta forma, se convierten en nuestros maestros. De ahí que siempre estemos en deuda con los autores que han significado algo para nosotros.

Mirar. Escuchar. Suspender el juicio. Recibir. Así ha de actuar el lector. Si luego la obra merecía o no nuestra rendición, sólo al final lo sabremos. Este impulso para salir de uno mismo corregiría el provincialismo al tiempo que sirve como eficaz paliativo de la soledad. Es, para Lewis, un engrandecimiento del ser al tiempo que este se diluye en algo mayor; una paradoja que él, tan amigo de las citas, resume en las palabras del evangelio: “Aquel que pierde su vida, la ganará”. Esta reflexión de Lewis está muy en la línea de expansión e incansable búsqueda del saber que, impulsada por un anhelo insaciable, marcó y guió toda su vida intelectual y personal. Ese anhelo (*longing*) de una belleza que no está ni en la música ni en los libros, sino que nos alcanza a través de ellos.

Un día, siendo muy joven aún, Lewis escuchó ese canto lejano; sucumbió a esa melodía, se dejó ir... y cruzó una frontera. Esto le ocurrió leyendo *Fantastes, un romance para hombres y mujeres*, del escocés George MacDonald (1824-1905): “fue como si la voz que me había llamado desde el fin del mundo estuviera ahora a mi lado”: (“*It was as though the voice which had called to me from the world’s end were now speaking at my side*”). MacDonald fue uno de sus autores favoritos en lo que a relatos fantásticos se refiere, y uno de los que mayor influencia tuvo sobre su pensamiento y obra. De él dice que fue su maestro y que “convirtió e incluso bautizó su imaginación” cuando Lewis estaba aún muy lejos del cristianismo. La cualidad que le fascinó de la obra de MacDonald resultó ser para él la cualidad final del universo real: “la divina, mágica, terrorífica y estática realidad en la que todos vivimos.” (p. 68). Y, de esa manera, y tan tempranamente, se encontró con lo “sagrado”, aunque de esto solo se daría cuenta muchos años después.

Como norma práctica para llevar una provechosa vida lectora, Lewis aconseja leer al menos dos libros antiguos por cada uno moderno, o, al menos ir entreverando uno y uno; pero jamás abandonar a los autores de antaño. Porque cada época comete, necesariamente, errores en su enfoque; entonces, para darnos cuenta de ellos y corregirlos, necesitamos el punto de vista de los que nos precedieron. Igualmente recomienda releer, al menos cada diez años, los libros que nos impactaron en su momento. Muy de destacar es su opinión de que los buenos libros para niños siguen siendo buenos para los adultos. Releerlos cuando somos adultos supone que llegamos a apreciarlos mejor, pues entonces tendremos mayor conciencia y experiencia, con lo que seremos más capaces de comprender lo que subyace en el texto. Por cierto, Lewis creía que era fundamental para la educación de los niños el que estos se criasen entre literalmente “un mar de libros”; toda clase de libros: desde el mero entretenimiento a libros de envidia.

Por otra parte, rechaza todo esnobismo literario y da la bienvenida a todo aquel que lea, por el motivo que sea, y se olvide de sí mismo en ese acto. Lo mismo que acepta que se puedan saltar capítulos si uno no los encuentra atractivos o no le van a resultar útiles, o que se subraye, palabras o líneas, se cree un índice propio y apunten notas en los márgenes de las páginas. Y, junto a esto, recomienda leer siempre los originales y evitar resúmenes de las obras. No es de extrañar que Lewis, que ama los libros, pida que se les trate y cuide de forma afectuosa, como si de un ser vivo se tratase, que se juegue con ellos muy seriamente.

Descartando por completo la idea del arte por el arte, Lewis entiende que el arte, y la Literatura en particular, sólo tienen sentido o bien cuando son puramente recreativos y proporcionan el placer del entretenimiento o cuando contienen una verdad moral y están, por tanto, al servicio del desarrollo espiritual. Así, por trazar una línea que nos oriente sobre sus inclinaciones, señalemos que entre sus favoritos se cuentan Platón, Aristóteles, Milton, Malory, Spencer, Jane Austen, Mark Twain, MacDonald, Yeats o Tolstoi, por citar algunos; mientras que, por distintas razones, no son de su gusto ni Dumas ni Henry James.

Lewis considera la Literatura como un gran espacio de reunión de la humanidad donde encontrarse con grandes amigos y maestros más allá del tiempo y el espacio que a uno le toca vivir; una extensión de ese grupo de amigos con el que se comparten afectos, ideas y opiniones, a veces en forma de feroces debates, tal y como hacían él y el resto de sus compañeros de los Inklings, el grupo de escritores que se reunían periódicamente en un pub de Oxford para leerse unos a otros fragmentos de obras clásicas en voz alta, o sus propios escritos, que luego eran criticados sin piedad por los participantes. Un placer, el de compartir las lecturas, sólo comparable, para Lewis, al que proporciona el mantenimiento de una correspondencia entre espíritus afines, amigos cercanos que comparten el mismo afecto por los libros.

En resumen, para Lewis la Literatura es un *Logos*, una forma de penetración en la realidad humana, pues nuestra verdadera esencia como seres conscientes solo puede ser transmitida por señales, indicaciones, metáforas, parábolas, imágenes y emociones tal vez insignificantes en apariencia, pero que dan cuenta fidedigna de esa esencia. Lo único que nos exige es que abandonemos momentáneamente nuestro “yo” para sumergirnos en los mundos de otros y ser transformados en ese acto. La Literatura así comprendida se convierte en una experiencia espiritual, tal como lo entiende Lewis. Es decir, la Imaginación, con mayúsculas, entendida en el sentido de la fuerza creadora que está tras lo fenoménico, se encarna en el discurso humano, principalmente en la poesía, de forma que “lo que antes era invisible e inaudible” se hace manifiesto.

**Luz Álvarez**